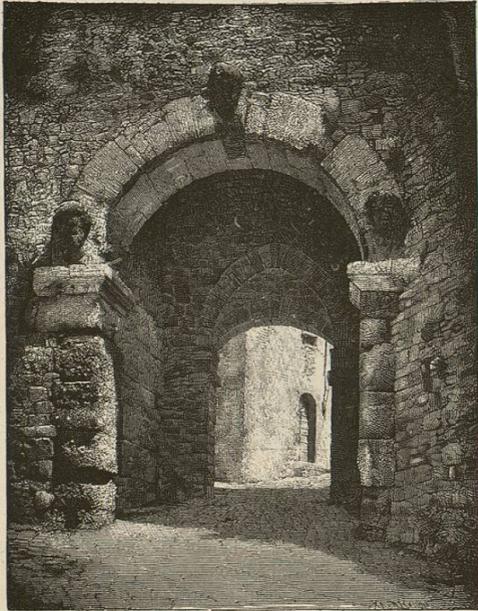


muchos años, por la fertilidad de su suelo y la aptitud agrícola de sus moradores, fué al lado de Roma la mas populosa y la mas floreciente de las ciudades de la península.

La alianza de las doce ciudades de Etruria fué la mas poderosa en la época romano-italica. Difícil es asegurar de qué manera las muchas ciudades rasenas de esta comarca, que solo conocemos por las ruinas y restos que de ellas nos quedan, se organizaron en doce territorios principales. El lazo que las unia no era mucho mas fuerte que el que ligaba entre



Puerta de Volterra

si á los jonios de las costas del Asia Menor: la tenacidad con que estas ciudades defendian su autonomía, era un obstáculo insuperable para la formacion de una hegemonía eficaz, y habia hecho nacer, segun parece, grandes rivalidades entre Tarquinio, Clusium y la poderosa Vulsinio. El concepto religioso era el mas perfeccionado en esta liga etrusca. El templo de Voltumna, cuyo emplazamiento no ha podido determinarse con fijeza, y que formaba el centro de la confederación, era el lugar en donde se reunian anualmente el pueblo y los representantes de las castas dominantes, el uno para solemnizar durante la primavera las fiestas religiosas y tener mercados, y los otros para celebrar sus asambleas políticas.

Todos los años se elegia un sacerdote de la liga; en cuanto al general, solo se procedia á su eleccion en caso de guerra de los aliados; pero las fuerzas militares de la confederación no eran suficientes para sostener una guerra de alguna importancia. Con frecuencia acontecia que algunos miembros se separaban de las empresas proyectadas por acuerdo general ó que, por el contrario, la minoría se lanzaba á una lucha rechazada por la mayoría de la asamblea; en cuyo caso la comunidad que optaba por ella procuraba conquistarse el apoyo de cuantas comunidades vecinas quisiesen ayudarla. En resumen, los etruscos se mostraron menos aficionados y menos aptos para la guerra que los romanos y los sabelios. La costumbre anti-italica de combatir con mercenarios, tomó pronto carta de naturaleza entre los etruscos. Los guerre-

ros rasenas, pesadamente armados, que hemos visto pelear en las falanges de hoplites en las batallas griegas, llevaban escudos de metal redondos y poco convexos, cascos metálicos con grandes plumas, y anchos rebordes laterales, muy parecidos al que en otra parte hemos reproducido al hablar del botín de Hieron I de Siracusa, corazas, polainas, espada, y la larga lanza usada tambien por los helenos. La nobleza etrusca que era en extremo aficionada á las carreras de carros, prestaba con preferencia el servicio del arma de caballería. Las tropas ligeras combatian con honda, daga corta, dardo y ligera lanza provista de una pequeña punta de hierro.

Cuando posteriormente la civilizada nacion etrusca luchó en el Norte con los crueles celtas y al Sur con los romanos, apareció menos apta para la lucha que los viriles pueblos sabelios; siendo de notar que tales sucesos coincidieron, por un lado, con el desmedido lujo y la afeminación que debilitaron las fuerzas del país y, por otro, con ciertos defectos importantes de su vida política interior. Los Estados etruscos habian sido en todas partes fundados sobre una base de dependencia y de autoridad. Existian en esta nacion ciertos usos que recordaban los de Tesalia: el pueblo dominante que habia salido de los victoriosos conquistadores habia sometido á los antiguos habitantes itálicos del territorio á una *clientela*, es decir, á una especie de servidumbre, y aun en algunos puntos los habia reducido á una dura esclavitud. La masa de la población, especialmente la de la llanura, era simplemente sierva de los Estados etruscos. Es probable que aun entre los mismos rasenas existiese una diferencia de clases y en los diversos Estados un demos, ó, hablando á la latina, una plebe libre, no sujeta personalmente á la casta dominante; lo que no se sabe es qué derechos tenia este elemento de la nacion etrusca.

Los árbitros del poder político y de la historia de los etruscos fueron las familias aristocráticas: la dominación de estas, y de los sacerdotes; constituye uno de los rasgos característicos de la constitucion etrusca, cuya organización íntima apenas conocemos. De estas familias, cuyos jefes, al parecer, eran conocidos con el nombre de *lucumones*, se formaba el Senado de las distintas ciudades etruscas. Solo los individuos pertenecientes á la nobleza tenían derecho á ocupar los mas elevados puestos del Estado, el mas importante de los cuales fué durante mucho tiempo el de rey, cargo que probablemente no era entre los etruscos hereditario y cuyas atribuciones estaban en extremo limitadas por la nobleza. En los tiempos de que tenemos noticia, así los rasenas como los latinos y sabelios siguieron el movimiento que ya hemos observado entre los griegos, y que traia como consecuencia la disminucion de la importancia del rey y luego su sustitucion por el nombramiento anual de magistrados que regian los distintos Estados ó comunidades.

La influencia que los etruscos ejercieron entre los itálicos, incluso los romanos, fué grande, y no podia menos de serlo, pues la rica civilización de aquel pueblo, su considerable comercio y el poder que durante tanto tiempo hubo de conservar, contribuian mucho á ella, siendo esto de notar particularmente en lo que se refiere á la industria, á las artes y al tecnicismo. La Etruria fué, tambien, el Estado en que comenzaron á aparecer las representaciones escénicas y los juegos, muy apreciados por el pueblo, en los cuales se figuraban combates de guerreros: la degradación repugnante de estos, representada por los gladiadores, y sus sangrientas luchas, se vió por vez primera en Roma en 264 antes de Jesucristo, y tomó gran incremento entre los romanos durante los posteriores siglos. La pompa de las entradas triunfales y el aristocrático lujo de los príncipes y de los altos funcionarios, indujo á los romanos á adoptar los adornos y

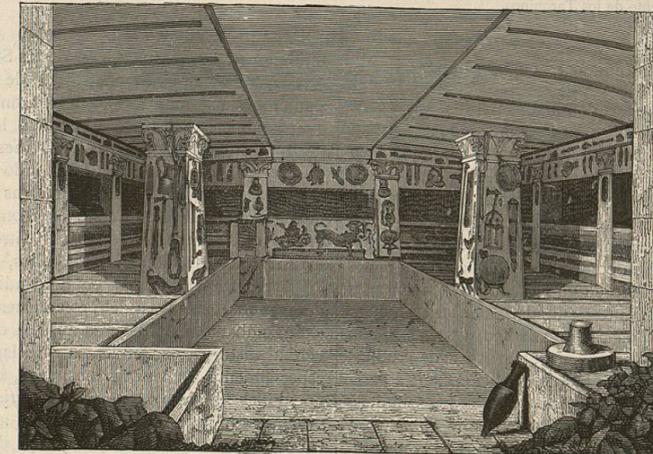
los usos de los etruscos: la diadema de oro, la *túnica palmata*, tejida con oro, y la *toga picta*, el cetro de marfil coronado por un águila, despues los dos lictores con sus haces y los demás servidores de los magistrados, que conocemos con el nombre de *apparitores*, la silla curul de marfil, y por último la purpúrea *toga pretexta*, reconocen procedencia etrusca. En cuanto al carácter de escritura, no lo tomaron los romanos de los etruscos, sino que lo copiaron, durante la dinastía de Tarquino, de los griegos campanios de Cumas.

IX.—RELIGION ETRUSCA

En cambio, veremos mas adelante que muchos de los caracteres comunes que, así en la vida civil, como en la reli-

giosa, presentan los etruscos y los itálicos, no los tomaron de los etruscos los pueblos vecinos, antes bien nos inclinamos á creer que todo cuanto originario y fundamental existia en las costumbres y usos, en las manifestaciones de la ciudadanía y del servicio divino, y en la religion de los romanos, era puramente itálico, ó, por mejor decir, latino con una mezcla de sabelio.

Sin embargo, hay en la religion de los romanos una cosa que evidentemente procede de los etruscos. A pesar de que la poderosa población itálica que sojuzgaron los rasenas ejerció probablemente cierta influencia en la formacion de una rama de la religion etrusca y de su culto, una y otro difieren esencialmente en sus fundamentos de los que entre los itálicos como entre los helénicos encontramos. En la religion de



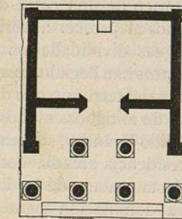
Cripta de Cerveteri

los etruscos predominaban un suave y profundo misticismo, la astrología, la adivinación y las sombrías supersticiones en las cuales ha descansado siempre la vida de este pueblo, íntimo enemigo de los itálicos: tampoco carecian de ideas cosmogónicas ni de rudimentos de cierta especulación. Sobre el mundo y sus dioses, que tienen muchos puntos de contacto con los itálicos, entre los cuales encontramos á Tina (Júpiter) al frente del Consejo de los doce dioses llamados *Consentes*, reinaban en el Norte divinidades mas altas, superiores y envueltas en misterios, llamadas *Esar*, á las cuales consultaba el Júpiter etrusco. Este mundo desapareció, y debia necesariamente desaparecer, tal como estaba organizado, con el trascurso de los siglos. Pero en cambio, como el poder de los dioses superiores era considerado destructor, se admitieron entre las divinidades etruscas las que se regocijaban con los males de los hombres. El culto de esta religion era en extremo cruel y traia consigo entre otras cosas, el sacrificio de los prisioneros de guerra. En esta religion de los etruscos era conocido el infierno, un mundo subterráneo lleno de horrores y de tormentos para las almas dignas de castigo, que podian, sin embargo, librarse á fuerza de misteriosos sacrificios.

El sistema religioso de los rasenas estaba apropiado, aun en sus mas ínfimos detalles, á las prácticas de la vida pública y privada: sus libros sagrados enseñaban la manera de atraerse el favor de los dioses, conocer el porvenir y rendir culto á las almas: sus rituales contenian la aplicación de los usos sagrados

á la vida práctica. Pero lo mas importante era la explicación de los augurios y de los casos maravillosos: con el examen de las entrañas de los animales sacrificados y del rayo podia el etrusco esperto pronosticar á los crédulos el porvenir en sus mas pequeños detalles. La frecuencia con que se sucedian las tempestades en Etruria, habia inducido á formar una enseñanza, con caracteres de científica, acerca de los rayos, de su significación y de la manera de conjurar sus efectos, que tomó el nombre de *arúspices* y que los *lucumones* decian haber aprendido del pequeño demonio Tages. La religion itálica comprendia tambien el arte de conocer la voluntad de los dioses por medio de las voces de la naturaleza.

El colegio de los seis *augures* romanos, que habian creado su sistema sobre bases muy rígidas, deducia del vuelo de determinadas aves si una empresa tendria buenos ó malos resultados; todas las perturbaciones que interrumpian el curso tranquilo de la naturaleza eran consideradas como signos nefastos: las asambleas municipales debian levantar sus sesiones cuando relampagueaba ó tronaba. Todo esto era poco, comparado con los arúspices etruscos que posteriormente fueron utilizados en Roma para que, siguiendo el método de la disciplina etrus-



Plano de un templo antiguo etrusco

ca, se encargasen de la inspección de los sacrificios, de la interpretación de los llamados prodigios, de los entierros, y del examen del rayo. Por último, el sistema de templos, es-

pecialmente su construcción, la fundación de ciudades, el apeo ó medición de tierras, y el deslinde de campos, reconocen, al parecer, un origen etrusco.

CAPÍTULO II

ROMA EN TIEMPO DE LOS REYES

I. Eneas en el Lacio. Fundación de Roma.—II. La Roma palatina. La Roma quirinal. Comienza á extenderse el poder de Roma.—III. Los siete reyes. Los ciudadanos. Las curias.—IV. El Rey. El Senado. Las asambleas populares.—V. Los clientes. La plebe. Los patricios.—VI. Alianza entre Roma y el Lacio. Las murallas de Servio Tulio. La construcción de cloacas.—VII. El Capitolio. El Foro. El Circo.—VIII. La constitución de Servio Tulio.—IX. Divinidades y colegio de sacerdotes del Estado romano.—X. Caída de la monarquía. Guerra después del destronamiento de los Tarquinos.

I.—ENEAS EN EL LACIO. FUNDACION DE ROMA

En medio de los territorios dominados por los rasenas, los latinos y los sabinos, y sobre unas colinas que se alzaban junto á la orilla izquierda del bajo Tíber, se situó, á mediados del siglo octavo antes de Jesucristo, la ciudad oscura en sus orígenes, que en el trascurso de cinco siglos, debía avasallar y reunir en su sola mano todos los elementos que hasta ahora hemos estudiado en la península de los Apeninos. Imposible hacer una descripción completa y detallada de la historia romana hasta el período en que las últimas imponentes luchas consiguieron semejante resultado. La exposición científica nos conduce, hasta llegar á este tiempo, al través de una constante y cada vez mas imponente abundancia de eruditas tareas sobre las ruinas de la antigua tradición. Antes de la época de las últimas luchas entre los romanos, los samnitas, los tarentinos y los epirotas, solo tenemos campo libre para hacer una sencilla narración, por lo cual nos veremos precisados á trazar á grandes rasgos la historia primitiva de los romanos y de la unificación de Italia.

El origen de la ciudad del Tíber, que tanta celebridad alcanzó en el antiguo mundo, como el de todas las ciudades de la antigua Grecia, es difícil de encontrar entre el cúmulo de escritos y leyendas que la antigüedad nos ha transmitido en diversas obras. El resultado de la crítica histórica en este sentido es esencialmente negativo. La historia fabulosa de los reyes del Lacio nos presenta el trasplante al terreno histórico de una parte de la mitología latina, convertida en hechos al parecer históricos, como una transformación de las antiguas divinidades en reyes. Las fabulosas noticias que á nosotros han llegado acerca de los supuestos primitivos habitantes del territorio que después ocupó Roma, y de la emigración de antiguos colonos arcadios de Palantio, dirigida por el caudillo Evandro, son insostenibles, pudiendo ser considerada la residencia arcadia como un mito nacido y desarrollado en la fiesta romana de las lupercales. Por último, el rey Latino, cuya dominación sigue á la de los dioses-reyes, que fué el héroe epónimo de los latinos, y cuyo nombre y persona mitológica reconocen por origen el nombre del pueblo, fué, al decir de los antiguos mitos de romanos y griegos, el soberano que durante su reinado dió asilo á los restos de los troyanos que, capitaneados por Eneas, habían logrado escapar de la ruina del Ilion. Según las referidas tradiciones, Eneas llegó á ser yerno de Latino; los latinos y troyanos se confundieron en un solo pueblo; Ascanio, hijo de Eneas, fué el fundador de Alba Longa, y después de su muerte, su hijo Julio fué investido de la dignidad sacerdotal, mientras que Silvio, hijo de Eneas y de Lavinia, hija de Latino, fué el

fundador de la dinastía albana de los Silvios. La creencia en esta leyenda y en el origen troiano de una parte del pueblo romano estaba muy arraigada en Roma durante la primera guerra púnica, y así el Senado como los pueblos griegos la utilizaron repetidas veces para sus fines políticos, mucho antes de que tal tradición hubiese sido tan poéticamente explicada y consagrada por Virgilio. Mas aún; una gran parte de las grandes familias nobles de Roma hacia remontar su origen á los compañeros de Eneas; entre ellas pueden citarse los Emilios y especialmente los Julios, estos últimos fundadores del imperio romano, y descendientes, según decían, del mismo Julio, ó sea del propio Eneas.

Sin embargo, esta leyenda no deja de tener un fondo de verdad histórica: la tendencia que las ciudades itálicas, y especialmente las latinas, mostraron, cuando hubieron conocido las heroicas hazañas de los griegos, á relacionar sus orígenes con las brillantes formas del mundo homérico, contribuyó poderosamente á la leyenda de Eneas y á que su persona, considerada como la del salvador de los penates troyanos, formase parte de las leyendas locales del Lacio, en donde, según la tradición, fundo Lavinio la ciudad de los lares y de los penates de la liga latina y el centro religioso mas antiguo de los latinos.

No menos legendaria es la pretendida historia de la fundación de Roma. La leyenda atribuye á la casa de los Silvios una duración de 400 años. Muerto el rey Procas de Alba, su hijo Amulio usurpó el trono á su hermano mayor Numitor, y obligó á la hija de este, Rea Silvia, á entrar en el colegio de las vestales, imponiéndole, por consecuencia una virginidad perpétua. Pero Rea tuvo dos hijos del dios Marte: madre é hijos fueron arrojados al Tíber, entre cuyas aguas halló la primera la muerte, y los segundos, Rómulo y Remo, salvados milagrosamente y sacados del río junto al Palatino, fueron cuidados por el favor de los dioses, alimentados por una loba, animal consagrado á Marte, y recogidos por un pastor del rey; viniendo á ser con el tiempo los vengadores de su madre y los fundadores de la ciudad de Roma.

La crítica histórica nos ha demostrado plenamente que la leyenda de la fundación de la ciudad del Tíber no puede ser considerada como verdad histórica sino en cuanto sus delicados detalles ponen en relación la fundación de la antigua Roma latina con una serie de actos del culto romano, con los santuarios, con los monumentos y con los usos, que se relacionan á su vez con el establecimiento de nuevos habitantes romanos acaecido en los tiempos históricos. Esta leyenda se arraigó tanto entre los romanos y los demás pueblos itálicos, que en 296 antes de Jesucristo los ediles Cneo y Quinto Ogulnio adornaron la higuera ruminal del Palatino á cuya

sombra fueron salvados del Tíber los hijos de Rea Silvia, con una obra debida al arte etrusco que todavía se conserva en el palacio del Conservatorio del Capitolio de Roma y que representa una loba de bronce. Después, cuando apareció clara la política rapaz de Roma, los pueblos itálicos enemigos de los romanos injuriaban á estos con el dictado de «raza de lobos.» En nada mas puede fundarse la pretensión de dar á esta tradición verdad histórica, pues que los delicados y minuciosos pormenores sobre la fundación de la antigua Roma latina se adaptan á un gran número de motivos de culto romano, de erección de santuarios, de monumentos, de costumbres, como los que en los tiempos históricos se relacionan con el establecimiento de nuevas colonias romanas. Además, el resultado de las investigaciones críticas ha sido en todas partes negativo, no obstante que la creencia en la referida leyenda fué poco combatida en el espíritu nacional de los romanos.

Pretenden algunos que Roma debió su origen á una colonia que, procedente de Alba Longa, se estableció en el bajo Tíber, pero esta opinión no tiene grandes visos de probabilidad: solo se sabe positivamente que aun los romanos mas antiguos eran latinos. El nombre de Rómulo, primer rey y fundador de Roma, es únicamente el nombre del héroe epónimo de esta y, lo propio que su personalidad, nació del nombre de la ciudad misma. Los romanos hacían remontar la fundación de su ciudad á un tiempo que podemos fijar en el año 753 antes de Jesucristo; y á pesar de que el día 21 de abril celebraban las fiestas Palilias (1), como aniversario de la fundación de Roma, este hecho no descansa en ninguna tradición importante, sino que procede, al parecer, de las fiestas pastoriles que tenían por objeto la purificación de los hombres y de los animales, cuando lo exigía el establecimiento de nuevas colonias.

La investigación moderna solo puede hacer conjeturas acerca del modo como se desarrolló la primitiva historia romana y la clase de relaciones que mediaron entre los latinos romanos y los demás afines de raza, á cuya federación no pertenecieron; conjeturas basadas en los escasos restos de tradiciones antiguas, en la naturaleza de la cuenca del bajo Tíber, y en la analogía con la historia primitiva de otras ciudades itálico-griegas. En cuanto á la fabulosa idea de la fundación de Roma por una colonia de pastores, por emigrantes de Alba y por los audaces aventureros de la Italia Central, con todas sus consecuencias, y sobre todo en cuanto al concepto predominante en la tradición romana, según el cual todas las instituciones políticas y religiosas de Roma, que revestían notoriamente un carácter itálico general, nacieron en Roma misma, debemos decir simplemente que carecen de fundamento racional. Por el contrario, aparece muy aceptable la conjetura de que la rama romana de la raza latina fué el miembro mas joven de la misma, y de que en esta parte de la comarca del Lacio se desarrolló la vida municipal mucho antes que en otros varios puntos del centro de Italia. No puede afirmarse con seguridad cuales eran las relaciones que en un principio entre los romanos y los latinos existieron antes de que se formase la alianza cuya creación se atribuye á la época de Servio Tulio.

De la naturaleza del primitivo territorio romano, se desprende que solo la necesidad y la falta de otros lugares, pudieron inducir al pueblo, acorralado en aquel extremo de la comarca latina, á establecer en tal sitio su residencia. Durante los tiempos en que comienza á despuntar el alba de la historia, vemos el territorio romano limitado al Este, al Sur y al Sudoeste por las fronteras de otras comunidades latinas

que disponían de no escasas fuerzas, de tal suerte que por estos lados apenas tenía dos leguas de extensión, quedándole solo libre la parte de tierras del mar Tirreno, es decir, las comarcas ribereñas del Tíber. Las importantes ventajas mercantiles, militares y políticas que la situación posterior de la ciudad de Roma podía ofrecer á sus habitantes, apenas fueron apreciadas en un principio, no siendo estimadas hasta que en las colinas de la orilla izquierda del Tíber comenzó á florecer una ciudad. El territorio que después ocupó la población, el sistema de montes y valles que se alzaba á unos 27 kilómetros de la desembocadura del Tíber, tenía muchos inconvenientes: la comarca se hallaba cubierta de bosques y pantanos, pues el mencionado río, procedente de los Apeninos, impetuosa corriente que aun en la Edad media y gracias á la hidrografía etrusca, recibía las aguas de los riachuelos del Arno superior y las de los manantiales que descendían de las montañas de la Italia central, y que aun en la actualidad es temible por sus crecidas, había invadido y convertido en pantanos los valles y tierras bajas que se extendían entre las montañas. Esta comarca es menos fértil que las demás del Lacio, abunda poco en aguas potables, y su clima tenía grandes inconvenientes antes de ser mejorado por el continuo cultivo del suelo y el saneamiento de los pantanos.

Difícil es decir cómo y cuándo los itálicos, que como labradores y pastores se establecieron en esta comarca, lograron levantar una ciudad: solo en un punto coinciden los investigadores y es que en ella se mezclaron los latinos con los sabinos. Los primitivos romanos se dividieron en tres grupos: la antigua tribu escogida de los latinos tomó el nombre de *ramnenses*, con los cuales se fundió después, sin grandes luchas, la de los *ticios*, de origen sabino, que habían sido empujados hácia el bajo Tíber, y posteriormente la de los *luceres*, considerados por algun tiempo erróneamente como etruscos, y que eran de procedencia latina, siendo objeto de grandes dudas el hecho de si han de buscarse en esta rama del pueblo romano los restos de la destruida comunidad de Alba Longa.

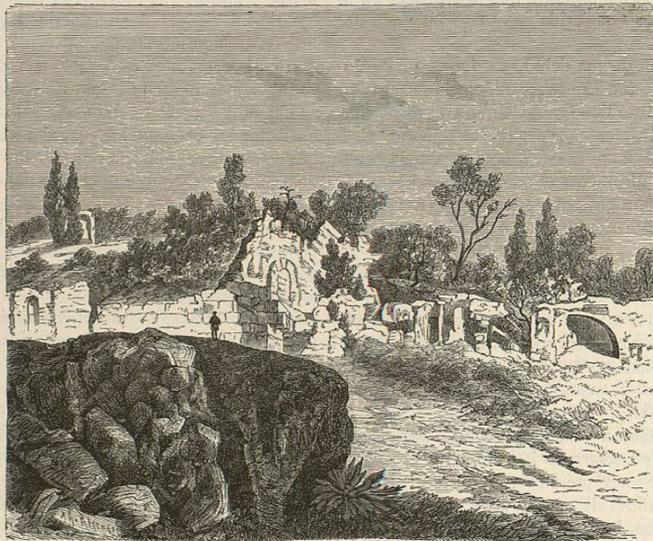
II.—LA ROMA PALATINA. LA ROMA QUIRINAL. COMIENZA Á EXTENDERSE EL PODER DE ROMA

Las investigaciones coinciden con la tradición en que el origen de la vida de la ciudad romana se encuentra en el célebre monte Palatino, en el cual se construyeron los primeros templos y se celebraron los primitivos cultos religiosos de los romanos. Este monte, que en tiempo de los emperadores ostentaba todavía una porción de antiguos monumentos, entre los cuales podemos citar la cabaña que se creía era la casa de Rómulo, y que tenía en su base una circunferencia de 1,800 metros y una elevación de 52, era una de las varias prominencias peñascosas de la campiña romana, y estaba de tal manera formado por la naturaleza, que solo sus paredes inaccesibles, en el estado que tenía el arte guerrero de aquellos tiempos, bastaban para la necesaria seguridad militar de sus habitantes. A pesar de esto, en su falda se había construido una muralla en forma de cuadrilátero, cuyos restos servían todavía en tiempo de los emperadores, en cuya época estaba marcado aun con mojones el trazado del antiguo *Pomerium* de aquella *Roma Cuadrata*, es decir, la línea de terrenos sagrados, así del interior como del exterior de los muros, sobre los cuales estaba prohibido edificar.

Acercas de la gradual extensión de la ciudad desde las fortificaciones del Palatino y desde la construcción de los arrabales no amurallados hasta la importante muralla debida á Servio Tulio, se ha emitido la siguiente opinión, cada día

(1) En honor de Pales, diosa de los pastores (N. del T.)

mas aceptada. Por un lado, se establecieron poco á poco al rededor de la ciudad del Palatino una serie de residencias de ella dependientes, debidas, en parte al aumento natural de la poblacion y en parte á las inmigraciones de los latinos, que habian visto sus pequeñas ciudades vecinas destruidas por los romanos. Estas ciudades, por decirlo así, anteriores, que, en cierto modo, habian sido trasportadas de otros lugares, se alzaban alrededor del Palatino en la parte meridional que despues ocupó Roma, en el Cermaló (estribacion del Palatino que se dirigia hácia el pantano existente de antiguo entre ella y el Capitolio), en el Velia, ó sea en la colina que unia al Palatino con el monte Esquilino, en las tres alturas de este (el Fagutal, el Oppio y el Cispio), en



Restos de muralla de la Roma Palatina

en esta division de las ciudades las diferencias de raza, ni afirmar si en el Quirinal es donde debemos buscar especialmente á los sabinos romanos.

La antigua historia de Roma, en cuanto se refiere á la política exterior, nos presenta dos tendencias: por un lado tenemos la larga enemistad entre los *montani* y los *colini*, que por causas de nosotros desconocidas, terminó con la fusion de las dos poderosas comunidades, pero que dejó sentir su influencia en la division de las antiguas tribus romanas y especialmente en las instituciones, en las cuales se nota desde luego el antiguo dualismo. El que aparece repetidas veces, en el transcurso de la historia de Roma, en la vida pública, á pesar del poder y del desarrollo unitario de las fuerzas de los romanos, nada tiene que ver con las antiguas diferencias que dividian á los miembros del pueblo romano.

Por otro lado, de muy antiguo mostraron los romanos su tendencia á extender sus dominios por el esfuerzo de las armas: el pueblo de Roma se nos aparece, así en los orígenes de su historia como en el transcurso de los posteriores siglos, como un pueblo agrícola, vigoroso, siempre dispuesto á empuñar las armas y á consagrar con tenacidad cada nueva conquista á promover los intereses generales de su Estado. La defensa de la línea del Tiber contra el poder de los rasenas, la conservacion del territorio del bajo Tiber contra los ataques

el valle que se extiende entre el Quirinal y el Esquilino, y por último en el monte Celio. El monte Tarpeyo, en donde despues se construyó el Capitolio, y que era conocido con el nombre de puente del Tiber, y el Aventino, fueron tambien, al parecer, posesiones de los romanos palatinos.

Por otro lado, tiénese por seguro que, ya de muy antiguo, frente á la ciudad palatina, residencia de los *montani*, se alzó otra en la parte septentrional, que fué la de los *colini*. Una extensa montaña, sin nombre general, con cinco prominencias (Viminal, Quirinal, Salutar, Mucial y Latiar), fué el asiento de esta segunda ciudad, cuyo centro, castillo, y culto residian en el Quirinal, colina que se elevaba 66 metros sobre el nivel del mar. No es posible señalar qué influjo tuvieron

y la rapiña de los pueblos sabelios, vecinos suyos, la extension de sus dominios hácia el mar y de su comercio hácia Etruria, y especialmente hácia Cerveteri, y la dilatacion de sus fronteras en perjuicio del gran número de lugares latinos de las cercanías, tales son los caracteres principales de su primitiva historia. Como cada uno de los puntos de la historia tradicional de Roma ofrece á la investigacion moderna las mayores dificultades y origina las mas graves dudas, aun allí donde los mitos van cediendo gradualmente el paso á la tradicion histórica, es imposible fijar con seguridad si fueron realmente tropas romanas, como la tradicion pretende, las que, acaudilladas por el tercer rey de Roma, destruyeron á Alba Longa, la capital de la liga latina; y solo se tiene por cierto que despues de la destruccion de esta ciudad, muchas de las familias que en ella residian, como los Julios, los Servilios y los Quintilios, entraron á formar parte de la ciudadanía romana.

El procedimiento de que se valia Roma para extender su dominacion sobre los pueblos latinos vencidos y para aumentar su poderio, era el siguiente. La fortaleza del lugar sojuzgado era derribada, las fronteras del mismo unidas á las romanas, y Roma se proclamaba su capital. En cuanto á los habitantes, segun las circunstancias, unos permanecian personalmente libres, aunque excluidos de los derechos políticos

de la ciudadanía romana, y podian seguir habitando sus hogares, al paso que otros se veian obligados á trasladar su residencia á Roma. De este modo se iba preparando la formacion de un nuevo miembro del pueblo romano que, con el nombre de *plebe*, habia de aparecer despues junto á los antiguos ciudadanos.

III.—LOS SIETE REYES. LOS CIUDADANOS. LAS CURIAS

La tradicion de los últimos tiempos de la historia romana anterior á la República, formada con los mitos, leyendas y unos pocos restos de verdadera historia, comprende todo aquello que se cree saber acerca del desarrollo del Estado romano durante aquellos antiguos siglos, en forma de biografías de los siete reyes. Estos fueron el latino Rómulo (753-716), el sabino Numa Pompilio (715-672), el latino Tulio Hostilio (672-640), y el sabino Anco Marcio (640-616): luego siguen los de la familia de los Tarquinos, que fueron Tarquino Prisco (616-578), Servio Tulio (578-534) y Tarquino el Soberbio (534-510).

La moderna investigacion ha trabajado con ahinco para esclarecer las muchas dudas críticas que se suscitan con motivo de la forma de la monarquía, forma que nos ha sido transmitida por la tradicion, siendo de notar que los tres últimos reyes, es decir los Tarquinos, son los únicos acerca de cuya existencia se tiene una seguridad casi absoluta, y téngase en cuenta que la mayor parte de los nombres de los reyes son rigurosamente históricos. Pero Rómulo y Numa Pompilio, aquél fundador de la ciudad y de su organizacion político-militar, y éste creador del culto romano, son considerados, por regla general, como mitos. Existe, asimismo, como despues veremos, la opinion de que mas de siete fueron los reyes que ciñeron en Roma la corona, y de que en esta ciudad no faltaron importantes movimientos interiores.

La tradicion romana atribuye, como hemos visto, á Tulio Hostilio la destruccion del poder de los albanos y á Anco Marcio la extension de la soberanía de Roma, que contribuyó poderosamente á la constitucion de la plebe. En cuanto á la dinastía de los Tarquinos, cree aquella que se le debe un nuevo incremento de la dominacion romana, una brillante aptitud arquitectónica y grandes reformas en la constitucion romana. Acerca del origen de la familia de los Tarquinos, no se han disipado todavia las dudas de los investigadores; la antigua opinion que cree ver en el nombre de Tarquino (Etruria), la expresion de una soberanía de los principes rasenas de esta ciudad, que se extendió luego por Roma y por una parte del Lacio, y que despues fué destruida por otro partido rasena, á cuyo frente se encontraba el arte Porsena de Clusium, cuenta en la actualidad con muy escasos partidarios, porque es muy problemático el abolengo etrusco de los Tarquinos. Otros investigadores, á ejemplo de Niebuhr, desechan esta teoria y creen con preferencia que la *gens Tarquinia* de Roma era esencialmente romana, y que su nombre solo por casualidad se parece al de aquella renombrada ciudad de Etruria.

Respecto del estado interior del pueblo dominante del bajo Tiber, tenemos casi los mismos datos que acerca de la historia de los reyes romanos. La ciudad de Roma, despues de la fusion de los habitantes palatinos con los quirinales, aun sin tener en cuenta su situacion sobre colinas y estribaciones de montañas, no presentó aquel imponente golpe de vista que nos ofrecen la mayoría de las ciudades etruscas y no pocas de las helénicas que se levantaban en las playas occidentales del Asia Menor. Las casas de los romanos tenían aun durante la guerra con el rey Pirro del Epiro, los techos de tabillitas: en aquella antigua época en que predo-

minaba el elemento agrícola, las habitaciones no eran mas que pobres chozas de tierra ó de ramaje, sin que en parte alguna apareciera ningun hermoso edificio público. Las fortificaciones eran en determinados puntos imponentes: los muchos lugares sagrados, los innumerables altares de piedra ó de tierra, y los campos, pantanos y terrenos de pasto que en varias partes se veian, rompian la monotonía de aquella serie de casas en cuya construccion para nada habia intervenido el arte.

Pero el pueblo que poco á poco fué creciendo en este suelo, asimilándose los elementos afines, este guerrero *populus romanus* de quirites, de soldados y de vigorosos hombres libres, se nos presenta desde un principio como un pueblo escogido. En su origen, encontramos ya dos elementos distintos entre sí, política y socialmente. La historia de la ciudad hasta el fin de la monarquía se relaciona con los nombres de los ciudadanos verdaderos de las tres tribus de los ramnenses, ticios y luceres, que mas tarde aparecen por completo en escena; burguesía que se nos ofrece, desde los primeros tiempos de la historia romana, con los caracteres de inaccesible y fraccionada. Por este tiempo encontramos en Roma, como en una gran parte de la antigua Grecia durante la dominacion de los eupátridas, formas nacidas de las primitivas relaciones naturales, que están informadas en el ejemplo de los lazos de familia y del parentesco. En la familia de estos perfectos ciudadanos el ascendiente mas anciano tenia un dominio patriarcal y casi ilimitado sobre su mujer y sus hijos, sobre sus esclavos y sobre sus siervos. El hijo adulto, por mas que estuviere casado y tuviese familia, estaba bajo la potestad del padre, y ningun cargo público, ningun honor podia alterar la organizacion de esta familia sometida á su jefe. Este era sacerdote y juez de su familia, y tenia sobre ella el derecho de vida y muerte: solo los casos gravísimos de abuso de este poder extraordinario podian ser castigados con el anatema religioso y el castigo jurídico. En cambio, respecto del Estado, el hijo adulto, que dentro de la familia estaba sometido al padre, era igual á él en punto á derechos y obligaciones políticas. Con la muerte del jefe, se rompian estas relaciones de dependencia, y los hijos pasaban, á su vez, á ser cabezas de familia. Las mujeres casadas estaban bajo la potestad de sus maridos, como las solteras lo estaban bajo la del padre ó hermano, y á la muerte de estos bajo la de sus mas próximos agnados. Los hijos tenían el derecho de tutela sobre su madre viuda, la cual era considerada libre y no sierva, y tenia la potestad sobre las hembras de su casa. El matrimonio revestia un caracter sagrado; la vida de familia era austera y obedecia á un régimen riguroso, origen durante largo tiempo de la fuerza y la capacidad del pueblo romano.

Un cierto número de estas familias formaba una *gens* ó tribu, que estaba unida por un origen comun, por unos mismos ritos religiosos, por iguales derechos hereditarios, y que era conocida con un nombre genérico.

Tales fueron los fundamentos de la antigua constitucion de Roma. El primitivo pueblo romano estaba, al parecer, dividido de tal suerte, que cada diez familias formaban una *gens*, cada diez *gentes* una curia, y cada diez curias una de las tres tribus en que le constituian. Las curias, institucion que se considera como una parte esencial del derecho latino, eran unidades cerradas, cuyos miembros tenían un templo, un culto, una asamblea y un Consejo comunes, y venian á ser la unidad política inferior de los romanos. Cuando los ciudadanos tenían que emitir su opinion sobre algun objeto, este acto se llevaba á cabo por curias. Las tierras estaban divididas en tres partes, correspondientes á las tres tribus, siendo muy probable que esta division se hiciese luego extensiva á las cu-